

hombres que habia pedido, o por que los Tlascalenses no osasen venir otra vez a las manos, como dice Bernal Diaz, o porque no quisiesen alejarse tanto de su patria, como conjeturan otros historiadores, o porque viendo a Cortés con fuerza tan desproporcionadamente inferiores a las de su enemigo, temiesen quedar vencidos en aquella expedicion. Algunas jornadas antes de llegar a Cempoala, se le unió el soldado Tobilla con las trecientas picas de Chinantla, y en Tapanacuetla, pueblo distante cerca de treinta millas de aquella ciudad, se encontró con el famoso Capitan Sandoval, que venia con sesenta soldados de la guarnicion de la Vera Cruz.

Victoria de Cortés contra Narvaez.

Finalmente, despues de haber hecho nuevas proposiciones a Narvaez, y distribuido algun oro entre los partidarios de aquel arrogante General, entró Cortés en Cempoala a media noche, con doscientos cincuenta hombres* sin caballos, ni otras armas que picas, espadas, rodela, y puñales, y encaminandose cautelosamente, y sin hacer ruido al templo mayor de aquella ciudad, donde se habian acuartelado sus enemigos, les dio tan furioso asalto, que antes de venir el día, se habia hecho amo del puesto, de toda la tropa contraria, de la artilleria, de las armas, y de los caballos, quedando muertos solo cuatro de sus soldados, y quince de los de Narvaez, y muchos heridos de una, y otra parte †. Hizose reconocer por todos Capitan General, y supremo magistrado, mandó encadenar en la fortaleza de la Vera Cruz a Narvaez, y a Salvatierra, hombre distinguido, y enemigo jurado suyo, y dispuso que se quitasen, de los buques, las velas, las brújulas, y los timones. Apenas empezó a rayar el día, que era el domingo de Pentecostes, 27 de Mayo, llegaron los Chinanteques ‡, en buen orden, y bien armados, los cuales vinieron a ser testigos del triunfo de Cortés, y de la vergüenza de los partidarios de Narvaez, que habian

* Bernal Diaz dice que Cortés fue a Cempoala con 206 hombres. Torquemada cuenta 266, y 5 capitanes; pero Cortés, que lo sabia mejor que ellos afirma que eran 250.

† Hai variedad en los autores acerca del numero de los muertos en el asalto: yo pongo el que me parece mas verosimil, atendidos los datos de diversos historiadores.

‡ Algunos escritores dicen que los Chinanteques tomaron parte en el asalto: pero Bernal Diaz estuvo presente, y afirma lo contrario. Cortés no hace mencion de esta circunstancia. Quien desee informarse de todos los pormenores de aquella gloriosa expedicion de Cortés, podra consultar a los historiadores de la conquista: yo los omito por no pertenecer esencialmente a mi asunto.

sido vencidos por tan pocos contrarios, y no tan bien armados como ellos. La felicidad de esta expedicion se debio en gran parte al incomparable valor de Sandoval, el cual subio al templo, con ochenta hombres, en medio de una lluvia de saetas, y balas, asaltó el santuario, donde se habia fortificado Narvaez, y se apoderó de su persona.

Hallandose entonces Cortés con diez, y ocho buques, cerca de dos mil hombres de tropa Española, y de cien caballos, y suficiente numero de provisiones de guerra, pensó en hacer nuevas expediciones en la costa del golfo, y habia ya nombrado los gefes que debian mandarlas, y la gente que debia componerlas, cuando le llegaron noticias infaustas de Megico, que trastornaron sus planes, y lo obligaron a volver precipitadamente a aquella capital.

Sublevacion del pueblo de Megico contra los Españoles.

Durante la ausencia de Cortés, ocurrio en Megico la fiesta de la incensacion de Huitzilopochtli, que se hacia en el mes Tojcatl, el cual empezó aquel año a 13 de Mayo. Esta funcion, la mas solemne del año, se celebró con baile del rei, de la nobleza, de los sacerdotes, y del pueblo. Rogaron los nobles al capitan Alvarado que permitiese que el rei pasase al templo, a cumplir con los deberes que la religion le imponia; pero Alvarado no quiso ceder a sus instancias, o porque asi se lo habia mandado Cortés, o por que temiese que los Megicanos maquinasen alguna tropelia, viendose con el rei en su poder, y sabiendo cuan facilmente se vuelven en tumulto los regocijos publicos. Tomose por tanto el partido de hacer el baile en el patio de palacio, que servia de cuartel a los Españoles*, o por disposicion de aquel capitan, o por orden del mismo rei, que quiso de aquel modo tomar parte en las ceremonias del día. Llegada la hora, concurrieron al patio muchos sugetos de la primera nobleza (cuyo numero no consta, pues los autores varian de seiscientos a dos mil) cubiertos

* Los historiadores de la conquista dicen que el baile se hizo en el atrio del templo mayor: pero no es verosimil que la inmensa concurrencia que alli asistia permitiese hacer tan horrendo estrago en la nobleza, especialmente estando tan cerca las armerias, donde podian tomar armas para oponerse a la temeridad de aquellos pocos extranjeros, ni es creible que los Españoles se espusiesen a tan inminente peligro. Cortés y Bernal Diaz no hacen mencion del lugar en que se hizo el baile. El P. Acosta dice que fue el palacio, mas no puede ser otro que el que habitaba el rei. La inverosimilitud que se nota en la relacion de los historiadores, y el juicio, y antigüedad del P. Acosta, me obligan a preferir su autoridad a la de aquellos.

todos de adornos de oro, piedras, y plumas. Empezaron a cantar, y a bailar al son de los instrumentos, y entre tanto mandó Alvarado que algunos soldados ocupasen las puertas, y cuando vio a los Megicanos mas distraidos, y quizas fatigados del baile, hizo señal a su tropa que los atacase, lo que verificó con furia contra aquellos desventurados, que por estar desarmados, y rendidos de cansancio, no pudieron hacer resistencia, ni huir hallandose bien guardadas las puertas. Fueron terribles los estragos, lamentables los gritos, que exalaban al cielo los moribundos, y copiosa la sangre que se derramó. Este golpe fatal fue en extremo sensible a los Megicanos, por que en él perdieron la flor de su nobleza, y para perpetuar su memoria, compusieron sobre aquel argumento, tristes elegias, que se conservaron muchos años despues de la conquista. Terminada aquella tragica, y horrenda escena, los Españoles despojaron a los cadaveres, de toda la riqueza que los cubria.

Ignorase el motivo que pudo inducir al capitán Alvarado a un hecho tan temerario, y cruel. Algunos dicen que no tubo otro que la maldita sed de oro*. Otros afirman, y parece mas verosimil, que habiendo tenido noticia de que los Megicanos querian en aquella fiesta dar un golpe a los Españoles, para sustraerse a su opresion, y poner en libertad al rei que tenian aprisionado, el gefe Español quiso anticiparse, siguiendo el dicho vulgar que el que ataca vence†. Como quiera que sea, no se puede negar que su conducta fue tan barbara como imprudente.

Irritada la plebe con tan sensible golpe, trató desde entonces a los Españoles como enemigos capitales de la patria. Atacaron algunas tropas Megicanas el cuartel con tanto impetu, que arruinaron una

* Los historiadores Megicanos, el P. Sahagun, en su historia MS, Las Casas en su formidable escrito sobre la *destruccion de los Indios*, y Gomara en su *Cronica de la Nueva España*, atribuyen el arrojamiento de Alvarado a su codicia: mas yo no puedo creerlo sin pruebas convincentes. Gomara y Las Casas siguieron a Sahagun, y este a los informes de los Megicanos, que, como enemigos de los Españoles, no son dignos de fe en este caso.

† Es enteramente increíble que los Megicanos quisieran aprovecharse de la ocasion del baile para maquinarse una traicion contra los Españoles como muchos historiadores suponen; y absurdo lo que dice Torquemada que tenian ya preparadas las ollas para cocer sus cadaveres. Estos son fabulas inventadas para justificar a Alvarado. Lo que me parece mas verosimil es, que los Tlascalenses, por el gran odio que tenian a los Megicanos, hicieron creer a este capitán la supuesta traicion. En la historia de la conquista tenemos muchos ejemplos de esta clase de sugestiones inventadas por los Tlascalenses.

parte del muro, minaron en diversas partes el palacio, y quemaron las municiones: pero fueron rechazados por el fuego de la artilleria y de los mosquetes, con lo que los Españoles tubieron tiempo de reedificar el muro destruido. Aquella noche descansaron de las fatigas del dia, pero al siguiente fue tan terrible el asalto, que los Españoles se creyeron perdidos, y en efecto no hubiera quedado uno solo con vida, como sucedio a seis a seite, a no haberse mostrado el rei al tropel de combatientes, y refrenado con su autoridad el furor que los animaba. El respeto a la persona del monarca contubo al pueblo, y desde entonces no atacó con armas el cuartel; mas no dejó de cometer otras hostilidades, pues quemó los cuatro bergantines, que Cortés habia mandado construir, para escaparse en ellos, caso de no poder hacerlo por las calzadas, y resolvió sitiarse por hambre a los Españoles, negandoles los viveres, e impidiendo que se introdujesen en el cuartel, con cuyo objeto abrió un foso en rededor.

En esta situacion se hallaban los Españoles en Megico, cuando Alvarado avisó a Cortés, por dos mensajeros Tlascalenses, rogándole que apresurase su vuelta, si no quería hallarlos muertos a todos. Lo mismo le envió a decir Moteuczoma, haciéndole saber cuan sensible le habia sido la sublevacion de sus vasallos, ocasionada por el sangriento y temerario atentado del Capitán Tonatiuh.

Cortés, despues de haber dado las ordenes convenientes, para transferir la colonia de la Vera Cruz, a un sitio mas proximo a Chachiuhcuecan, lo que no pudo egercutarse por entonces, marchó con su gente, a grandes jornadas, acia la capital. En Tlascala fue magnificamente hospedado en el palacio del principe Magijcatzin. Allí hizo lo reseña de sus tropas, y halló noventa y seis caballos, y mil y trescientos peones Españoles, a los que se unieron dos mil Tlascalenses, que le dió la republica. Con este egercito entró en Megico el 21 de Junio, sin hallar oposicion alguna en la entrada, pero mui en breve echó de vez sintomas de la fermentacion popular, tanto por la poca gente que vio en las calles, quanto por algunos puentes de los canales, que se habian levantado. Cuando llegó a los cuarteles, con grandes demostraciones de jubilo de una, y otra parte, Moteuczoma salio al patio a recibirlo con las mas obsequiosas demostraciones de amistad; pero Cortés, o insolentado por la victoria que habia conseguido contra Narvaez, o por las fuerzas respetables que traia a sus ordenes, o persuadido que le convenia fingirse enfadado con el rei, como creyéndolo culpable del alboroto de sus subditos, pasó de largo, sin fijar en él la atencion. El rei atravesado del mas vivo dolor al verse tratado

tan indignamente, se fue a su estancia, donde se le aumentó la pesadumbre, con la noticia que inmediatamente le trageron sus servidores, de las palabras injuriosas que habia proferido contra Su Magestad el general Español*.

Reprendio Cortés severisimamente al capitán Alvarado, y le hubiera impuesto el castigo que merecia, si lo hubiesen permitido las circunstancias del tiempo, y del culpable. Previa la borrasca que iba a estallar sobre su egercito, y no le parecia prudente en aquella ocasion tener por enemigo a uno de los mas valientes capitanes de sus tropas.

Con los refuerzos que trajo Cortés a Megico, tenia un egercito de nueve mil hombres, y no pudiendo caber todos en el alojamiento, ocuparon algunos de los edificios del recinto del templo mayor, en la parte mas proxima a los cuarteles. Con la muchedumbre crecio la penuria de viveres, ocasionada por la falta del mercado. Mandó Cortés entonces a decir a Moteuczoma, con grandes amenazas, que diese orden de que se celebrase el mercado, a fin de que ellos se proveyesen de cuanto necesitaban. Moteuczoma respondió que los personages de mas autoridad de que podia fiarse, para la egecucion de aquella orden, se hallaban como él privados de libertad; que soltase, algunos de ellos, para que se le complaciese en lo que pedia. Cortés sacó de la prision al principe Cuiclahuatzin, hermano de Moteuczoma, estando mui lejos de pensar que la libertad de aquel personage ocasionaria la ruina de los Españoles, pues no solo no regresó al cuartel, ni restablecio el mercado, o por que no quisiese favorecer a los estrangeros, o por que no consistiesen en ello los Megicanos, si no que estos lo obligaron a egercer su empleo de general, y él fue quien desde entonces mandó las tropas, y dirigió las hostilidades, hasta que por muerte de su hermano fue elegido rei de Megico.

* Solís no da credito al desprecio que Cortés hizo de Moteuczoma, y por defender a su heroe, agravia a Bernal Diaz que lo afirma, como testigo ocular, y al Cronista Herrera que lo asegura, fundado en buenos documentos. Acusa injustamente a Diaz de parcialidad contra Cortés, y de Herrera dice que quizas adoptaria aquella version, para aplicarle una sentencia de Tacito, "ambicion, añade, peligrosa en el historiador," pero en ninguna tanto como en el mismo Solís, pues todo hombre imparcial que lea su obra, vera que este autor, en lugar de ajustar las sentencias a la narracion, ajusta la narracion a las sentencias. Por fin si no alega mejores razones que las que usa contra Bernal Diaz, debemos creer a este, que presencié el lance.

Combates entre Megicanos y Españoles en la Capital.

El dia en que Cortés entró en Megico, no hicieron ningun movimiento sus habitantes, pero al siguiente, empezaron a hacer uso de las hondas, y dispararon tantas piedras a los Españoles, que parecia, segun dice Cortés, una tempestad. Siguieron las flechas en tanto numero, que cubrieron todo el patio, siendo tan exesivo el de los combatientes, que no se veia el suelo de las calles. No parecia bien a Cortés mantenerse en la defensiva, porque no se atribuyese a cobardia, y cobrasen mas animo sus enemigos. Hizo por tanto, una salida con cuatrocientos hombres, parte Españoles, y parte Tlascalenses. Los Megicanos se fueron retirando con poca perdida, y Cortés, despues de haber pegado fuego a algunas casas, volvió a sus cuarteles; pero viendo que los enemigos continuaban sus hostilidades, mandó salir al capitán Ordaz con doscientos soldados. Los Megicanos fingieron huir, y desordenarse, para alejarlos de su alojamiento, como en efecto lo obtubieron: pero de repente se vieron los Españoles rodeados de enemigos, y atacados por frente, y retaguardia, aunque tan tumultuariamente, que los Megicanos se embarazaban unos a otros. Al mismo tiempo se dejó ver sobre las azoteas una gran muchedumbre, que no cesaba de tirar piedras, y flechas. Hallaronse entonces los Españoles en gran peligro, y aquella ocasion fue una de las muchas en que dio pruebas de su arrojo el valiente Ordaz. El combate fue mui sangriento, aunque sin gran daño de los Españoles, los cuales con los mosquetes, y las ballestas, limpiaron las azoteas, y con las picas, y espadas rechazaron a la turba que inundaba la calle, y asi pudieron finalmente retirarse, dejando muertos muchos Megicanos, y de los suyos no mas de ocho; pero todos salieron heridos, incluso el animoso gefe. Uno de los daños que hicieron aquel dia los Megicanos a los Españoles, fue el pegar fuego al cuartel en varios puntos, y en uno de ellos fue tal el incendio, que los sitiados tubieron que echar abajo el muro, y defender la brecha con la artilleria, y con la mucha gente que en ella pusieron, hasta que llegó la noche, y los sitiadores les dejaron tiempo de reedificar el muro, y curar los heridos.

El siguiente dia, 26 de Junio, fue mas terrible el empeño, y mayor la furia de los Megicanos. Los Españoles se defendieron con doce piezas de artilleria, que hacian grandes estragos en el tropel de enemigos, pero como estos eran tantos, mui en breve acudian otros a llenar los vacios que dejaban los muertos. Cortés viendo su obstinacion, salio con la mayor parte de sus tropas, y se encaminó, peleando

siempre, por una de las tres calles principales de la ciudad: se apoderó de algunos puentes, pegó fuego a muchas casas, y despues de haber combatido casi todo el dia, se retiró a sus cuarteles, con mas de cincuenta Españoles heridos, dejando muertos innumerables Megicanos.

La esperiencia hizo conocer a Cortés que el mayor daño que recibian sus tropas, procedia de las azoteas, y para evitarlo, mandó construir tres maquinas de guerra, llamadas *mantas* por los Españoles, tan grandes, que cada una podia llevar veinte hombres armados, cubiertas de fuertes tablados, para defenderlos de los tiros de las azoteas, provistas de ruedas para facilitar su movimiento, y de troneras, o ventanillas para poder disparar las armas de fuego.

Mientras se construian estos amaños, ocurrieron grandes novedades en la capital. Moteuczoma habia observado uno de los combates desde la torre de palacio, y distinguido entre la muchedumbre a su hermano Cuiclahuatzin, mandando las tropas Megicanas. A vista de tantos obgetos lamentables, asaltaron su espiritu un tropel de tristes pensamientos. Consideraba por una parte el peligro que corria de perder la corona y la vida, y por otra se le presentaba la destruccion de los edificios de la capital, la muerte de sus vasallos, y el triunfo de sus enemigos, no hallando otro remedio a tantos males, que la pronta salida de los Españoles. Pasó la noche agitado por aquellas ideas, y al dia siguiente mui temprano llamó a Cortés, y le habló sobre el asunto, rogandole encarecidamente que no difriese su viage. No necesitaba Cortés de tantos ruegos; pues se hallaba tan escaso de viveres, que ya se daban por medida a los soldados, y en tan corta cantidad, que bastaban a mantener la vida, pero no a dar la fuerza necesaria para oponerse a tantos enemigos como continuamente los molestaban. Finalmente conocia que lejos de serle posible hacerse dueño de la ciudad, ni aun podria lograr sostenerse en ella. Por otra parte lo afligia la idea de tener que abandonar la empresa comenzada, perdiendo en un momento con su salida, todas las ventajas que se habia proporcionado con su valor, con su destreza, y con su felicidad: pero cediendo a tan imperiosas circunstancias, le dijo que estaba pronto a partir, por la paz del reino, con tal que depusieran las armas sus vasallos.

Discurso del rei al pueblo y sus efectos.

Apenas terminada aquella conferencia, gritaron a las armas en el cuartel, por venir los Megicanos resueltos a dar un asalto general.

En efecto por todas partes procuraban subir a los muros, mientras otras huestes, colocadas en puntos ventajosos, disparaban un numero increíble de flechas para superar la resistencia de los sitiados, y otros se arrojaban, a pesar del fuego de la artilleria, y de los mosquetes, hasta poner el pie en el recinto de los cuarteles, y combatir cuerpo a cuerpo con los Españoles. Estos, creyendose ya vencidos por la superioridad del numero, peleaban como desesperados. Moteuczoma, viendo su conflicto, y el riesgo en que él mismo se hallaba, resolvió mostrarse a sus vasallos, para reprimir con su presencia, y con su voz el furor que los animaba. Pusose las insignias reales, y escoltado por algunos de sus ministros, y por doscientos Españoles, subio a la azotea, y se presentó al pueblo, mientras sus ministros le imponian silencio para que se oyese la voz del soberano. Cesó al verlo el ataque, enmudecieron todos, y aun algunos, penetrados de respeto se arrodillaron. Alzó entonces la voz, y les hizo en sustancia este breve discurso: " Si el motivo que os induce a tomar las armas contra estos estrangeros, es el deseo de mi libertad, yo os agradezco el amor, y la fidelidad que me mostrais: pero os engañais creyendome su prisionero, pues en mi mano está dejar este palacio de mi difunto padre, y trasladarme al mio, cuando quiera. Si vuestra colera nace de su permanencia en esta corte, os hago saber que me han dado palabra de salir de ella, y yo os aseguro que lo haran, inmediatamente que depongais las armas. Cese pues vuestra inquietud; mostradme en esto vuestra fidelidad, si quereis desmentir las voces que han llegado a mis oídos acerca de haber vosotros jurado a otro señor la obediencia que solo a mi debeis tributar, lo que yo no he podido creer, ni vosotros podreis egecutar, sin acarrearos toda la colera de los dioses."

Quedó todo en silencio por algun rato, hasta que un hombre mas atrevido que los otros* alzó la voz, llamando al rei cobarde, y afeminado, y mas digno de manejar el huso, y la rueca, que de gobernar una nacion tan valerosa como la Megicana, y echandole en cara que por su pusilanimidad se habia constituido vilmente prisionero de sus enemigos. No satisfecho con estas injurias, el mismo que las habia proferido, tomó el arco, y disparó una flecha al monarca. La plebe, tan facil a seguir el impulso que se le da, siguió su egeemplo, y por todas partes empezaron a oirse improperios, y a llover piedras, y flechas acia el punto en que el rei se hallaba. Los historiadores

* El P. Acosta dice que el Megicano que dirigió aquellas injurias al rei fue Quauhtemotzin su sobrino, y despues ultimo rei de Megico: pero yo no lo creo.

Españoles dicen que aunque la persona de Moteuczoma estaba cubierta con dos rodela, fue herido de una pedrada en la cabeza, de otra en una pierna, y de una flecha en el brazo. De allí fue llevado por sus ministros a su habitacion, mas atormentado por la indignacion, y por la rabia que por las heridas.

Entretanto persistian los Megicanos en el asalto, y los Españoles en la defensa, hasta que algunos nobles llamaron a Cortés al mismo sitio en que habia sido herido el rei, y discurrieron con él acerca de ciertas condiciones que los historiadores no declaran. Cortés les preguntó por qué lo trataban como enemigo, no habiendoles hecho él daño alguno. " Si quereis, le respondieron, evitar nuestras hostilidades, salid pronto de esta ciudad: si no, estamos resueltos a morir, o a daros muerte a todos." Cortés añadió que no se quejaba de ellos por que les temiese, sino por que ellos mismos lo obligaban a esterminarlos, y a destruir tan hermosa ciudad. Los nobles se fueron repitiendo sus amenazas.

Concluidas finalmente las tres maquinas de guerra, salio con ellas Cortés el día 28 o 29 de Junio, mui temprano*, por una de las tres calles principales de la ciudad, a la cabeza de tres mil Tlascalenses, y de otras fuerzas ausiliares, con la mayor parte de los Españoles, y con doce piezas de artilleria. Llegados que fueron al puente del primer canal, acercaron a las casas las maquinas, y las escalas, para arrojar la turba que cubria las azoteas; pero fueron tantas, y tan gruesas las piedras que les arrojaron, que las maquinas fueron mui en breve destrozadas. Los Españoles combatieron animosamente hasta medio dia, sin poder pasar el puente: por lo que volvieron avergonzados a los cuarteles, dejando uno de ellos muerto, y conduciendo con ellos muchos heridos.

Combate terrible en el templo.

Envanecidos con estas ventajas los Megicanos, se fortificaron quinientos nobles en el atrio superior del templo mayor, bien provistos de armas, y provisiones, y de allí empezaron a hacer gran daño a los Españoles con piedras, y flechas, mientras otras tropas los atacaban por la calle. Mandó Cortés un capitán con cien soldados a rechazar a los nobles de aquel punto, que por estar mui alto, y proximo a los cuarteles, los dominaba enteramente; pero habiendo emprendido la subida, fueron vigorosamente rechazados. Determinose por tanto el

* Es increíble la variedad de los autores sobre el orden y las circunstancias de aquellos combates. Yo sigo la relacion de Cortés, que me parece la mas segura.

general a dar él mismo el asalto, a pesar de tener, desde el primer ataque, una grave herida en la mano izquierda. Atóse la rodela al brazo, y habiendo circundado el templo de un numero competente de Españoles, y Tlascalenses, empezó a subir por las escaleras con una gran parte de su tropa. Los nobles sitiados defendian briosamente la subida, y echaron por tierra algunos Españoles, mientras otras fuerzas Megicanas, que habian entrado en el atrio inferior, luchaban furiosamente con los que lo rodeaban. Cortés, aunque con mucha fatiga, y dificultad logró poner el pie con los suyos en el atrio superior. Allí fue el mayor peligro, y el mas arduo empeño del conflicto, el cual duró tres horas. De los Megicanos, unos murieron a los filos de la espada, otros se arrojaron a los atrios inferiores, donde siguieron peleando, hasta perder todos la vida. Cortés mandó pegar fuego a los santuarios, y se retiró en buen orden a sus cuarteles. La accion costó la vida a cuarenta y seis Españoles, y todos los otros salieron heridos y cubiertos de sangre. Este famoso combate fue uno de los mas terribles y encarnizados de aquella guerra: por esto lo representaron despues de la conquista, tanto los Megicanos, como los Tlascalenses en sus pinturas.

Algunos historiadores añaden a esto el gran peligro en que dicen que se halló Cortés de ser precipitado por dos Megicanos, los cuales, resueltos a sacrificar la vida en bien de la patria, lo agarraron en el borde del atrio superior, para dejarse caer con él a los atrios bajos, creyendo poner fin a la guerra con la muerte del general: pero este hecho de que no hacen mencion Cortés, Bernal Diaz, Gomara, ni ninguno de los historiadores antiguos, se ha hecho todavia mas inverosímil por las circunstancias que le añaden algunos escritores modernos*.

Regresado Cortés a los cuarteles, se abocó de nuevo con unos Megicanos de alta clase, representandoles el daño que recibian los

* Solis dice que los dos Megicanos se acercaron de rodillas a Cortés, en actitud de implorar su clemencia, y sin tardanza se lanzaron sobre él, y lo arrojaron al suelo, aumentando la violencia del impulso, con la fuerza natural de sus cuerpos; que Cortés se desembarazó de ellos, y los rechazó, aunque no sin dificultad. Yo la tengo mui grande en creer una fuerza tan extraordinaria en Cortés. Los humanisimos Rainal y Robertson, movidos a compasion, segun parece, de la situacion de Cortés, lo socorren, aquel con unas almenas, y este con unas rejas, en que pudo apoyarse para deshacerse de los Megicanos; pero ni estos usaron jamas de rejas, ni el templo mayor tenia almenas en el atrio superior. Es extraño que estos autores, tan incredulos con lo que dicen los historiadores Españoles e Indios, crean lo que no se halla en ningun escritor antiguo, siendo ademas un hecho tan inverosímil.

habitantes, de las armas Españolas. Ellos respondieron que nada les importaba con tal que todos los Españoles pereziesen, lo cual habria de verificarse, si no a manos de los Megicanos, de resultas del hambre que padecerian encerrados en aquel edificio. Cortés habiendo observado aquella noche algun descuido en los ciudadanos, salio con algunas compañías, y encaminandose por una de las tres calles principales, incendió mas de trescientas casas*.

Al dia siguiente, despues de reparadas las maquinas, salio con ellas, y con la mayor parte de sus tropas, y marchó por el gran camino de Iztapalapan, con mejor éxito que la primera vez: porque a despecho de la vigorosa resistencia que hacian los enemigos, en las trincheras que habian construido para defenderse del fuego de los Españoles, ganó los cuatro primeros puentes, y quemó algunas casas, aprovechandose de los materiales para llenar los fosos, afin de que no hubiese dificultad en el paso, si los enemigos llegaban a levantar los puentes. Dejó en aquellos puestos suficiente guarnicion, y volvió al cuartel con muchos soldados heridos, dejando diez o doce muertos.

A otro dia continuó sus ataques por el mismo camino, ganó los tres puentes que le faltaban, y persiguiendo a los que los defendian, llegó por fin a tierra firme. Mientras se empleaba en llenar los fosos, para verificar, como es de creerse, su retirada de la corte, por el mismo camino por donde habia entrado en ella siete meses antes, se le dijo que los Megicanos querian capitular, y deseoso de oír sus proposiciones, volvió apresuradamente con la caballeria, dejando a la infanteria de guardia en los puentes. Los Megicanos le digeron que estaban prontos a suspender las hostilidades, mas que para efectuar la capitulacion necesitaban tener la persona de un sumo sacerdote, que habia sido hecho prisionero en el ataque del templo mayor. Cortés mandó ponerlo en libertad, y en seguida quedó ajustado el armisticio. Esta parece haber sido una estratagema de los electores, para recobrar al gefe de su religion, de cuya presencia necesitaban, para la uncion del nuevo rei que habian elegido, o iban a elegir, porque apenas tubo Cortés la satisfaccion de haber concluido aquel convenio, cuando llegaron algunos Tlascalenses, con la nueva de que los Megicanos habian vuelto a tomar los puentes, y dado muerte a algunos Españoles,

* Cortés dice que quemaba las casas; mas esto no quiere decir que ardian todas, quedando reducidas a cenizas, si no que les pegaba fuego, el cual en algunas hacia mucho daño, en otras poco, y en otras ninguno. Bernal Diaz dice que costaba trabajo hacerlas arder, porque todas tenian azoteas, y estaban separadas unas de otras.

y que se aproximaba una multitud de guerreros acia los cuarteles. Cortés salio a su encuentro con la caballeria, y recobró los puentes, rompiendo por medio de los contrarios, con gran peligro, y fatiga: pero cuando estaba ganando los ultimos, ya los Megicanos habian vuelto a tomar a los Españoles los cuatro primeros, quitando tambien los materiales con que estos habian llenado los fosos. Cortés volvió a recobrarlos, y se retiró a los cuarteles con toda su gente cansada, mal parada, y herida.

En su carta a Carlos V, Cortés le habla del gran peligro que corrió aquel dia, de perder la vida, y atribuye a una particular providencia de Dios, el haber podido preservarla, en medio de tan gran muchedumbre de enemigos. Es cierto que desde el momento en que los Megicanos se sublevaron contra los Españoles, hubieran podido en poco tiempo exterminarlos a ellos, y a sus aliados, si hubieran observado mejor orden en los ataques, y si hubiera reinado mayor concordia entre los gefes subalternos que los dirigian: mas estos no estaban de acuerdo, como diré despues, y el populacho se dejaba llevar tan solo por el impetu de su desordenado furor. Por otra parte los Españoles parecian hechos de hierro, pues ni cedian al rigor del hambre, ni a la necesidad del sueño, ni a las heridas, ni a la fatiga incesante. Despues de haber empleado todo el dia peleando, pasaban la noche enterrando a los muertos, curando a los heridos, y reparando los males que los Megicanos habian hecho en el edificio que ocupaban, y aun durante el poco tiempo que dedicaban al reposo necesario, no dejaban jamas las armas de la mano, hallandose siempre dispuestos a presentarse a sus enemigos. Pero aun mas se conocera la dureza de aquellos hombres en los terribles combates que referiré mui en breve.

Muerte de Moteuczoma II y de otros personajes.

En uno de aquellos dias, que probablemente seria el 30 de Junio, murio, dentro del alojamiento de los Españoles, el rei Moteuczoma, a los cincuenta y cuatro años de edad, y diez y ocho de reinado, y en el septimo mes de su encarcelamiento. Acerca de la causa, y de las circunstancias de este acaecimiento, reina tanta variedad entre los historiadores, que parece imposible averiguar la verdad. Los historiadores Megicanos atribuyen su muerte a los Españoles, y los Españoles a los Megicanos. Yo no puedo creer que los Españoles se decidiesen a quitar la vida a un rei a quien debian tantos bienes, y de cuya muerte solo podian aguardar grandes males. Segun Bernal